

"Las Memorias de la Monja Alférez",

Novela de Carlos Keller

El hombre, ese novelista de sí mismo, original o plagiatario, suele cobrar en las creaciones literarias permanentes relieves de vitalidad por sobre los gustos estéticos y las costumbres de los tiempos. Recordamos este pensamiento de Ortega y Gasset viendo animarse en nuestra imaginación aquella interminable galería de cuadros ya guerreros, ya picarescos, de "Las Memorias de la Monja Alférez", novelizadas ahora en un volumen de 488 páginas por Carlos Keller, director de la Editorial santafelense Jerónimo de Vivar.

Briosa e impar figura la de Catalina de Erauso y Galarzaga, cuyo es el nombre de este auténtico personaje nacido en San Sebastián (España) en pleno Siglo de Oro y, por ende, de colosales contornos novelescos y heroicos. Su deslumbrante silueta nos la va pintando Keller desde que, ansiosa de correr mundo, escapa esta joven en improvisado atuendo de hombre de las dominicas de San Sebastián El Antiguo y vive sus primeras aventuras en España, hasta que llega al Virreinato del Perú, se bate después heroicamente en Arauco ganando aquí el grado de Alférez, merodea más tarde por el Alto Perú y Colombia, retorna otra vez a la Ciudad de los Reyes y pasa, en fin, salva su vida y su espada, por una fabulosa cadena de lances a cual más increíbles y apasionantes.

¿Cómo se descubrió el sexo de este Alférez mujer, que con el nombre de Antonio de Erauso, talla en demasía alta para una doncella, ojos negros y brillantes, cabellos cortos y perfumados al modo varonil, bien ceñida la tizona y labio superior cubierto por oscuro y ligero boro, fue terror de duelistas, imán de las mujeres hermosas y, con su disfrazada desviación sexual, protagonista de todas las vidas imaginables?

Herida gravemente en un combate singular y creyendo morir, confesó su sexo al Obispo de Huamanga, quien se resistió a creer que tan terrible espadachín — nuevo San Miguel Arcángel de la espada — fuese en realidad mujer. Y habría persistido en su creencia a no mediar la constatación personal de varias matronas que la examinaron. ¡Lo admirable del caso es que doña Catalina — encarnación de este "Alférez Real" — desafiando las mil y una aventuras de su existencia, había conservado intactos los inestimables atributos de su virginidad!

Aunque para escribir esta obra al autor le ha

servido como sillar de sustentación la autobiografía de Catalina de Erauso publicada en París hace ya más de un siglo, Keller ha debido llenar las múltiples lagunas que presenta la torrencial vida de su heroína, singularmente en las etapas postreras de su existencia, con relatos de su propia invención y descripciones de los parajes en que hubo de moverse aquella, confundiendo así la pluma del investigador e intérprete del pasado con la del psicólogo y del novelador.

Sagaz es, por ejemplo, la observación que pone en labios de Catalina, cuando explica su decisión de venir al Nuevo Mundo, "atraída por su vertiginoso desarrollo económico" y en donde hasta "el pordiosero disfrutaba de posibilidades de surgir. Se estaba formando allí una sociedad totalmente nueva: trabajadora, enérgica, emprendedora, sin prejuicios nobiliarios, o sea, justamente inspirada en el espíritu que yo compartía" (P. 96).

Atrayentes son las descripciones de nuestro paisaje austral con ese Arauco indómito, "siempre retumbando en sus oídos: un, dos, un, dos...", como también su defensa de la cultura y colonización hispanas y su evocación de la casa de Lope de Vega, con quien hace conversar a su heroína en el Barrio de los Ingenios de Madrid (Págs. 321-338). No menos lo son su paralelo entre el arte español y el americano y su animada caracterización del tesoro plástico y arquitectónico de México, cuyos templos, prodigios de gemas riquísimas, semejan verdaderos relámpagos de oro.

¿Cómo se admira el soldado-artista que hay en Catalina ante el atrevido derroche de espacio de las masas pétreas que repica en sus venas con aquella "amplitud tan indiana y tan poco hispana"! Y cómo comparte su propio embeleso con el de los indios deteniéndose ante la maravillosa Catedral de Puebla, con sus dos torres esbeltísimas como su talante guerrero, al percatarse que durante la noche esas fábricas habían avanzado a niveles imposibles de alcanzar por ellos: "los ángeles habían construido sus labores en la noche".

Bello, palpitante, renovado y siempre azaroso mundo este por donde cruza "La Monja Alférez" y que nos lo rehace en los grandes frisos de esta novela Carlos Keller, historiador y artista cultor de las ciencias económicas y amante de la España del Siglo de Oro.

Hermelo Arabena Williams.

844689

El Mercurio Stgo. 41-11-1973 p. 7

Las Memorias de la monja Alférez [artículo] Hermelo Arabena Williams.

AUTORÍA

Arabena Williams, Hermelo, 1905-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Las Memorias de la monja Alférez [artículo] Hermelo Arabena Williams.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile